

su cuerpo que volvió á hundirse casi todo en el agua.

Pablo dejó escapar un grito de horror.

Sin embargo, no perdió toda esperanza: sus manos estaban aún asidas á la canoa, y el indio hizo el último impulso para llegar á tiempo.

Pero aquel mismo impulso hizo que su canoa, sin poderlo evitar, chocase con la otra.

El indio conoció las funestas consecuencias que debian resultar de aquel choque, y se lanzó á la otra canoa para agarrar la mano del que se sostenia en ella.

Pero al mismo tiempo que se inclinaba á cogerla, aquella, abriendo sus desfallecidos dedos, soltaba la tabla de donde estaba asida, desapareciendo con el resto del cuerpo en el fondo del rio.

Pablo dió un grito, y poco despues se escuchó el ruido producido por un hombre que se lanzaba de cabeza al agua, en busca del que habia luchado por tanto tiempo con la muerte.

CAPITULO XXIII.

Asalto al fortin de la Barra.

Era la noche del 10 de Setiembre: Santa-Anna, obsequiando su patriótico entusiasmo, disponia en el punto de Doña Cecilia, la division que debia dar el asalto al fortin.

Los brillantes cuerpos que componian aquella columna, eran el 3º de línea, compañías de preferencia del 2º, 9º y 5º, todo el 11 de línea, alguna fuerza de artillería, y otras tropas escogidas que se habian distinguido en varios encuentros.

Ramirez llegó al fortin con mil precauciones para no caer en poder de los mexicanos que, como he dicho, guardaban el

paso de Doña Cecilia, y estaban disponiéndose para el combate.

En aquel momento se presentó frente al reducto español, el teniente coronel Medina, campechano, á intimar rendicion de parte de Santa-Anna.

Don Luis Vazquez que defendia el punto y que era uno de los militares mas pundonorosos y valientes que fueron en la expedicion, recibió al comisionado, y despues de enterarse de la mision que llevaba, le contestó:

—Decidle á vuestro general que yo no entrego el depósito que se me confia, que venga él á tomarlo.

El oficial mexicano se retiró á su campamento, y Vazquez se ocupó en seguida en dar algunas instrucciones ó los oficiales, con respecto á la vigilancia que era preciso guardar al frente de un enemigo resuelto y numeroso.

La órden comunicada en aquel mismo instante, para que todo soldado, sin distincion, se retirase al puesto que le pertenecia, obligó á Ramirez y á su contrario á

suspender el duelo, aplazándolo para mas tarde.

La noche estaba negra y pavorosa, como el pensamiento del impío.

La luna que se habia presentado á las primeras horas resplandeciente y nítida, acababa de velar su misteriosa faz entre negros y sombríos nubarrones.

En medio de las sombras, se destacaba imponente, como un gigante misterioso el reducto de la Barra, que tenia la figura de un tambor, circunvalado de una estacada gruesa y alta, que se levantaba en el centro de dos fosos. Su posicion defendia la márgen izquierda del rio, la embocadura de la mar, y toda la parte de la campiña oriental de Doña Cecilia.

Los centinelas, colocados en el fortin se paseaban silenciosos, como vagarosos fantasmas, dirijiendo su mirada hácia el sitio por donde podria acercarse el enemigo, pero sin que descubriesen mas que espesas nubes.

Todo parecia participar del aspecto lúgubre.
EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 34

gubre que presentaba el cielo, en cuya inmensa extension no brillaba una estrella.

El viento mismo se habia ocultado en los senos de los mares, para negar á la tierra la vida que con su soplo le presta.

Todo yacía en la mas completa calma.

No se escuchaba ni el mas ligero ruido.

El fortin de la Barra semejaba el lúgubre mausoléo de algun héroe, custodiado por marmóreas estátuas que se movian á impulsos de algun resorte.

De repente se vieron dos bultos cruzar las sombras con el mayor sigilo.

Poco despues, pasaron otros dos siguiendo la misma direccion.

Los primeros hicieron alto donde creyeron estar á cubierto de la mirada de los centinelas.

Los segundos llegaron á poco, y se detuvieron en el mismo sitio.

Reunidos los cuatro hablaron algunas palabras.

En seguida dos se hicieron á un lado, y los otros dos se colocaron uno enfrente del otro.

Poco despues se vieron relucir dos espadas, y se oyó el ruido de sus hojas que se chocaban con una fuerza y rapidez inauditas.

De repente se oyó un tiro disparado por el centinela.

En seguida se oyó otro, y otro.

Los combatientes suspendieron sus espadas, sorprendidos por aquellos disparos de fusil.

El grito de *¡á las armas!* pronunciado en el fortin por multitud de voces, acabó por interrumpir aquel duelo.

—Ramirez—dijo acercándose uno de los que se habian hecho á un lado durante la lucha—el enemigo se acerca.

—Sí: y á ese enemigo es preciso combatir antes que á los otros; la patria es antes que nuestras pasiones; la defensa de la honra nacional, antes que la defensa de nuestras preocupaciones—contestó Ramirez.—Aplacemos, pues, nuestro duelo, si mi contrario quiere, para despues de rechazar al enemigo, y luego podremos dar fin á nuestra cuestion particular.

—Accedo.

Respondió su contrario.

—Gracias:—repuso Ramirez dándole la mano—veo que participa vd. de sentimientos nobles y elevados. Adios; hasta despues del combate.

—Adios.

Y el sobrino de D. Andrés, y el que le habia servido de padrino, se dirijieron adonde estaban sus compañeros de armas.

Igual cosa hicieron los otros dos cadetes, y pronto estuvieron dispuestos á recibir á sus contrarios, que avanzaban con un denuevo que excede á toda ponderacion.

La luna que habia estado largo rato velada por espesos nubarrones, se dejó ver en aquel instante blanca y melancólica, como la lámpara de los sepuleros.

¡Cuántos de los valientes que iban á perder la vida en aquel enenetro, presagiarían, al contemplar el tibio resplandor con que se presentaba, que salia para manifestarse por la última vez á sus ojos!

Los tiernos recuerdos y las memorias intimas que despierta en el alma ese astro benéfico que parece velar los destinos del

género humano, nadie es capaz de valorizarlos ni de escribirlos.

¿Qué persona en esos instantes supremos en que el hombre en toda la plenitud de su salud ve la muerte al lado de su vida, el mundo á un paso de la eternidad, no lee en los tibios rayos del astro misterioso de la noche, la historia de sus pasados goces y la tristeza de su soledad presente? ¿Qué individuo llevado por la suerte á extrangero suelo, no recuerda al fijar sus ojos en el plateado disco de la luna, su amada patria, y le consagra alguna lágrima? ¿Qué padre ausente no trae á la memoria las caricias de sus queridos hijos y el cariño de su mujer? ¿Qué buen hijo los cuidados y atenciones de su amorosa madre?

Entre los guerreros de ambos lados habia padres, esposos, hijos y extrangeros, y era preciso que al ver en aquellos solemnes instantes presentarse la luna sobre el terreno en que iban á abrirse para ellos millares de tumbas, consagrasen en el fondo de su alma, un recuerdo á los objetos que formaban las delicias de su existencia,

Sin embargo, aunque esto pasase en el corazón de los mas, en el rostro de todos brillaba el placer, el desprecio á la muerte, y el olvido á cuanto en la tierra pudiera ligarlos.

De repente rompieron el fuego sobre el fortin dos lanchas mandadas por el coronel mexicano Don Nicolás Acosta, al mismo tiempo que la columna de ataque, á las órdenes de D. Pedro Lemus, avanzaba intrépida por otro lado á tomarlo por asalto.

Los españoles al ver cerca á sus contrarios, arrojaron sobre ellos una lluvia nutrida de metralla que dejó inmensos claros en sus filas; pero lejos de desmayar por este golpe, se lanzaron con mas ímpetu sobre el reducto, resueltos á vencer ó morir en la demanda.

Animados de un sentimiento patriótico que resaltó en aquellos momentos de una manera pronunciada, y conducidos por valientes y pundonorosos oficiales, los mexicanos avanzaron hasta los mismos fosos, que quedaron cubiertos de cadáveres, al recibir una segunda descarga de metralla y

fusilería disparada á quema ropa por los expedicionarios.

Para hacer mas imponente aquella terrible y sangrienta escena, la luna volvió á velarse entre las negras y gruesas nubes que enlutaban la tierra.

—No hay que desmayar, soldados: nuestros compañeros muertos, son el puente formado por el honor para apoderarnos del fortin.

Dijo á sus cazadores el valiente capitán Tamariz; y despreciando la lluvia de balas que diezmaba las filas, se lanzó, seguido de sus soldados, sobre los parapetos, resuelto á apoderarse del punto tan heroicamente defendido por los españoles.

Igual cosa hizo despues de arengar á sus granaderos el entendido capitán D. Manuel María Iturria, siguiéndole su compañía, con un valor que rayaba en los límites de la temeridad.

Pero la fortuna no correspondió á aquel denuedo que honra los nombres de los mexicanos que tuvieron la gloria de asistir á tan sangriento combate.

Al saltar el foso para luchar cuerpo á cuerpo con los que defendian el reducto, una bala atravesó las sienes del jóven Tamariz, sacándole ambos ojos y privándole á poco de la vida.

Otra bala atravesó la pierna derecha del capitán Iturria, que cayó herido cerca del parapeto español, donde aun luchando, recibió un bayonetazo en el hombro.

Entonces se vieron rasgos de valor personal de una y otra parte, que podrian servir de ejemplo á los ejércitos mas aguerridos.

Los granaderos, queriendo retirar á su capitán del sitio en que estaba tendido, hicieron esfuerzos inauditos por arrollar á los españoles, recibiendo en esta lucha generosa once mas la muerte, procurando salvarle.

El bravo coronel español D. Luis Vazquez, que se habia propuesto defender el fortin hasta que pereciera el último soldado, á pesar de haber recibido dos balazos en la clavícula del hombro izquierdo, continuaba animando á sus valientes, sin atender á la sangre que en abundancia manaba

de sus heridas. Parecia que el furor bélico de que estaba poseido, restañaba la sangre de las heridas de aquel hombre de hierro.

—Compañeros, un esfuerzo supremo, y adentro.

Gritó en aquel instante el jefe de la columna mexicana, Lemus.

Y á su vez Acosta, Gomez del Cid, Quintero, Sandí, Franco, Agüero, Gonzalez, Enrique, y cuantos el lector vió brindar en el convite, se lanzaron, seguidos de sus soldados, sobre los parapetos españoles: la luz de los cañones brilló entonces en las aspilleras del fortin: en seguida se oyó su terrible detonacion acompañada del ¡ay! de mucho asaltantes, y de repente solo se escuchó el ruido de las bayonetas y de las espadas que se chocaban.

Los mexicanos habian llegado hasta abrazar los cañones enemigos:

El foso estaba lleno de cadáveres, y la lucha se hizo ya cuerpo á cuerpo y al arma blanca.

El cadete Rafael Ramirez que era, sin disputa, uno de los jóvenes mas valientes

que componian aquella expedicion, agarrado á una estaca con la mano izquierda, y con la derecha empuñando la bayoneta, luchaba con un denuedo que rayaba en temeridad, hiriendo y matando á cuantos intentaban subir la disputada estacada.

Colocado sobre el parapeto en una actitud elegante y amenazadora á la vez: con el chaco á sus piés roto á sablazos; con el blondo cabello en agradable desorden, llena de sudor su frente, y sus manos de sangre; brillando en sus azules ojos la luz del patriotismo, del valor y de la inteligencia; dejando ver en su simpático rostro la belleza femenil y la serenidad del guerrero, parecia uno de esos héroes mitológicos cuya vida defendian los dioses del Olimpo.

Era el Héctor de la fábula defendiendo los muros de Troya.

Cuantos intentaban penetrar en el fortin por aquel punto, tantos encontraban su tumba al pié del parapeto.

De repente un oficial mexicano, cuyo nombre nunca he podido saber cuál fuera,

se lanzó sobre la misma estaca á que estaba afianzado Ramirez, y agarrado tambien de ella, comenzó entre los dos una de esas luchas terribles, llenas de interes, que suelen formar el bello episodio de los reñidos combates.

Animados con su ejemplo otros muchos, trataron de subir al parapeto defendido tenazmente por los expedicionarios, cuyo jefe á pesar de sus dos heridas, arengaba á su tropa, y se hallaba siempre donde mayor era el peligro.

Ramirez, sin cuidarse mas que del oficial que parecia empeñado en vencerle, le tiró un bayonetazo que el otro se quitó con la espada. El cadete redobló sus golpes dando y recibiendo algunas heridas, sin que en ninguno de los dos flaqueara el valor ni la energia para seguir combatiendo: de repente salió una descarga de una de las columnas que avanzaban sobre el foso: Ramirez bamboleó sobre el muro; sintió su cuerpo atravesado en varias partes por las balas: su uniforme se cubrió de sangre; su rostro perdió el tinte que lo animaba, y sus azules

ojos el brillo que los hacía interesantes. Sin embargo, sus fuerzas y su valor no le abandonaron: antes por el contrario, su ardor bélico parecía crecer en aquel instante; y no pudiéndose vengar en los que habían hecho la descarga, se arrojó sobre el oficial que había luchado con él brazo á brazo. Animados los dos del mismo deseo de terminar de una vez aquel combate personal, se acometieron á un tiempo sin darse lugar á parar el golpe que se dirijieron: la bayoneta de Ramirez quedó clavada en el pecho de su contrario, mientras la espada de éste atravesó el cuerpo del cadete. Un quejido, precursor de la muerte, salió del corazón de ambos, sus ojos se enviaron una lánguida mirada de admiración y de sentimiento, sus rostros se cubrieron de una palidez mortal, y sus manos, perdiendo de repente sus fuerzas, soltaron la estaca á que habían estado asidos, y rodaron juntos al foso.

Don Andrés, que estaba dentro del fortín, pero siempre cerca de su sobrino, al verle caer, dejó escapar un grito espantoso, y quiso arrojarle tras él para salvarle.

Nuevas columnas que en aquel instante asaltaban el reducto se lo impidieron.

Los mexicanos llegaron por segunda vez, hasta la boca de los cañones contrarios; pero una descarga de metralla barrió sus filas y cubrió el foso de mil y mil valientes.

Enrique, animando á sus soldados, saltó sobre el parapeto; pero toda su gente cayó destrozada por la artillería, y él se encontró solo en medio de sus enemigos.

Al verle, un soldado español iba á darle un bayonetazo; pero D. Andrés detuvo su golpe diciéndole, *no le mates*.

Enrique miró á su salvador, y al reconocerle, saltó dentro del fortín para abrazarle.

Entretanto el asalto seguía con el mismo ardor con que había empezado.

Sin embargo, la lucha no podía prolongarse ya por mucho tiempo.

La mayor parte de la oficialidad mexicana, que allí se portó con un valor que honraria á los oficiales del primer ejército del mundo, había sido víctima de su arrojo.

A excepcion de tres ó cuatro de los que

el lector vió en el convite poco antes de la accion, todos habian perecido,

El valiente coronel Acosta, Andrús, Gomez del Cid, Mendoza, Quintero, Andonágni, Tamariz y otros muchos, cuyos nombres siento no conocer, murieron, unos abrazados á los cañones, y otros subiendo á la estacada.

Entre los heridos, cuyo número fué considerable, figuraba D. Pedro Lemus, jefe que habia mandado la columna, Sandí, Franco, Iturria, Agüero y el coronel Gonzalez.

¿Qué otra cosa se puede exigir del ejército mas disciplinado y aguerrido, que luchar hasta morir?

Los mexicanos habian combatido con una constancia que excede á todo elogio. Mas de dos terceras partes de su fuerza habia sucumbido bajo el fuego enemigo, y sin embargo, todavía luchaba el resto con el mismo vigor y entusiasmo.

Los mexicanos habian dejado perfectamente puesto su honor: no solo se habia salvado en aquel refido combate la honra

militar, sino que el ejército mexicano se colocó á la altura de los primeros. Habia luchado contra soldados que, como dice el general francés La Foix, son los mejores del mundo para defender un punto parapetado, ó una plaza.

Muchos al recordar la última guerra con los Estados-Unidos, apenas se atreven á creer en aquellos hechos de acendrado patriotismo y de marcado valor que enalteció el nombre mexicano; pero ese contraste que advierten entre una y otra época, es de fácil explicacion. Cuando desembarcó la expedicion de Barradas, acababan los mexicanos de conquistar su Independencia: la nacion, pues, estaba jóven y vigorosa; rica y llena de esperanza: habia fé política en los corazones, y ésta fé política que engendra el patriotismo, la abnegacion y todas las virtudes cívicas, era el móvil poderoso que hizo levantar al país entero cual si un solo individuo fuera, á combatir contra los que se presentaban á arrebatarle el bien supremo de libertad. Pero en los diez y seis años trascurridos de 1829 á 1845, en